

anemia y la borrachera; y el hombre sin razon y la mujer sin fuerzas, ambos delirantes y sin conciencia ambos, obligan á la fatalidad á escribir en los registros de la vida: *Concebido ha sido un hombre.*
Y ese hombre, Juan, eres tú.
Conque no te me vengas en adelante con vanidades de abolengo.

DUDAS

Los españoles estamos dejados de la mano de Dios.

¿Por qué? Esto es lo que me pregunto á cada instante, sin poder darme respuestas satisfactorias. ¿En qué hemos faltado? ¿Cuál es nuestro delito?

España, como colectividad, nada tiene de que acusarse. Si algun individuo aislado falta en algo á la ortodoxia católica, la generalidad se distingue por lo contrario. Además, una golondrina no hace verano.

Me explicaría que allá en los tiempos revolucionarios, en que la impiedad reinaba y los servidores del templo no eran respetados y atendidos cual se merecen, la ira del cielo se hubiera manifestado contra nosotros en una ú otra forma. ¿Pero hoy?

Tenemos un clero á quien pagamos espléndidamente; hemos acogido en nuestro seno á los frailes y monjas expulsados de Francia; levántanse soberbios edificios religiosos; los jesuitas dominan; y en cada pueblo existe por lo ménos un batallon de Hijas de María.

Al que no confiesa á la hora de la muerte, se le niega sepultura; al que no se descubre al paso de una procesion, se le da un garrotazo; al que discute un punto del dogma católico, se le envía á presidio; escarnécese á los protestantes é insúltase á los masones.

No hay semana sin procesion, ni dia sin novena, ni hora sin rogativa; resucitanse los civilizadores rosarios callejeros; acallamos con misas las lamentaciones de las almas en pena; creemos en brujas; celebramos romerías, y aceptamos á ojos cerrados los milagros más estupendos.

Rociamos con agua bendita los campos para acabar con orugas, ratas y langostas; vaciamos nuestros bolsillos en el de los benditos siervos del Señor; nuestras mujeres y nuestras hijas no salen de la iglesia... ¿Qué más podemos hacer?

Y sin embargo, torrentes de agua por aquí, pedriscos por allá, rayos y centellas por acullá...

Cólera, tifus, hambre, miseria, asesinatos, suicidios... Iglesias que se caen, torres que se derrumban...

¿Y todo esto cuando creíamos que nuestro reposo estaba asegurado, y soñábamos con felicidades sin cuento!

¿Cuando las oraciones de los frailes por un lado y por otro la influencia del buen ejemplo, nos hacian esperar dias de bonanza y horas dichosas!

Si yo no tuviese tan arraigadas ciertas creencias, dudaría de la eficacia de ciertas prácticas, y tal vez me atrevería á sospechar que las leyes naturales se cumplen á despecho de todas las plegarias.

J. N.

MORALIDAD DEL CLERO

III Y ÚLTIMO

Refiriéndose á las costumbres de los canónigos de la iglesia de Santiago, comienza un capítulo de la Historia Compostelana con estas palabras: «Vivian como animales.»

Como prueba de la edificante vida que hacian los frailes en los dias de los reyes Católicos, contaremos las instrucciones que D. Fernando y doña Isabel dieron al conde de Tendilla, embajador de España en Roma, para que tratase con el Papa asuntos relacionados con el arreglo de los conventos:

«Otrosí, fareis relacion á Su Santidad quanto es buena honesta e provechosa la ley que Nos ficimos en las Cortes de Toledo el año de 80, sobre la pugnacion de las mancebas de los clérigos, e fraile, e casado, cuyo traslado autorizado vos llevais.»

Por el mismo embajador remitieron una carta al Papa, en la cual se expresaban así:

«Porque en estos nuestros reinos hay muchas órdenes, religiones e monasterios, que non guardan su religion, nin viven así honestamente como deben, antes son muy desonestos e desordenados en vivir e en la administracion de los bienes de las mismas casas, de lo que nascen muchos escándalos e inconvenientes e disoluciones e cosas de mal ejemplo en los lugares donde están las tales casas e monasterios, de que nuestro Señor es mucho diservido.»

El piadoso franciscano fray Ambrosio Monte-

sino, predicador de Isabel la Católica, decia con referencia á las órdenes monásticas:

«Apenas resplandece en ellas alguna pisada de sus bienaventurados fundadores.»

El cura de los palacios censura acremente los excesos de los regulares de ambos sexos. Más explícito, el ilustre Fernandez de Oviedo, dice: «Así tienen hijos los frailes y monjas, como si no fuesen religiosos.»

Dejamos á un lado la ley que dió D. Alfonso X para Salamanca, disponiendo que por excepcion pudieren heredar los hijos sacrílegos, es decir, de clérigo: no queremos hablar de la ley de D. Pedro de Castilla, reglamentando el traje y el número de las mancebas de los curas, ni de otras muchas leyes acerca de las concubinas de los clérigos y de los hijos. Pasamos todo esto por alto, y vamos á terminar este artículo reproduciendo un trozo de «La Celestina,» una de las obras más bellas de la literatura española, y la que más ediciones ha alcanzado, sin que la escrupulosa Inquisicion molestará á los editores, lo cual prueba que no hay exageracion en la pintura que de las costumbres clericales hace Fernando de Rojas.

Hablá Celestina de las muchas huéspedes que tenia en los dias de su grandeza, á lo que observa Lucrecia:

Lucrecia.—Trabajo tenias, madre, con tantas mozas; que es un ganado muy penoso de guardar.

Celestina.—¿Trabajo, mi amor? Antes descanso y alivio. Todas me obedecian, todas me honraban, de todas era acatada, ninguna salia de mi querer; lo que yo decia era lo bueno, á cada cual daba cobro. No escogian más de lo que yo les mandaba: cojo, ó tuerto, ó manco, aquel habian por sano quien más dinero me daba. Mio era el provecho, suyo el afán. Pues servidores, ¿no tenia por causa dellas? Caballeros, mozos, viejos, abades, de todas dignidades, desde obispos hasta sacristanes.

En entrando por la iglesia voia derrocar bonetes en mi honor, como si yo fuera una duquesa; el que ménos habia de negociar conmigo, por más ruin se tenia. De media legua que me viesen, dejaban las horas; uno á uno, dos á dos, venian á donde yo estaba, á ver si mandaba algo, á preguntarme cada uno por la suya. En viéndome entrar, se turbaban todos, que no hacian ni decian cosa á derechas. Unos me llamaban señora, otros tía, otros enamorada, otros vieja honrada. Allí se concertaban sus venidas á mi casa; allí las idas á la suya; allí se me ofrecian dineros; allí otras dádivas, besando el cabo de mi manto, y aun algunos en la cara por tenerme más contenta... Agora hame traído la fortuna á tal estado, que me digas, buena pró te hagan las zapatas.

Sempromio.—Espantados nos tienes con tales cosas como nos cuentas desa religiosa gente y benditas coronas. Sé que no serian todos.

Celestina.—No, hijo; ni Dios lo mande que yo tal cosa levante; que muchos viejos devotos habia con quien yo poco medraba, y aun que no me podian ver; pero creo que de envidia de los otros que me hablaban. Como la clerecia era grande, habia de todo: unos muy castos, otros que tienen cargo de mantener á las de mi oficio, aun todavia creo que no faltan. Y enviaban sus escuderos y mozos á que me acompañasen; y apenas era llegada á mi casa, cuando entraban por mi puerta muchos pollos y gallinas, ansarones, perdices, tórtolas, pernils de tocino, tortas de trigo, lechones; cada cual como lo rescebía de aquellos diezmos de Dios, así lo venian á registrar, para que comiese yo y aquellas sus devotas. Pues, ¿vino? ¿No me sobraba de lo mejor que se hebía en la ciudad? Venido de todas partes: de Monviedro, de Luque, de Toro, de Madrigal, de San Martín y de otros muchos lugares, y tantos que, aunque tengo la diferencia de los gustos y sabor en la boca, no tengo la diversidad de sus tierras en la memoria; que harto es que una vieja como yo, en oliendo cualquier vino, diga de dónde es. Pues otros curas sin renta; no era ofrecido el bodigo, cuando besando el feligrés la estola, era del primer voleo en mi casa. Espesos como piedras, á tablado entraban muchachos cargados de provisiones por mi puerta. No sé cómo puedo vivir, cayendo de tal estado.»

Y no copiamos más, porque lo copiado basta para que nuestros lectores disculpen el orgullo que experimentamos al ver que coincidimos con Padres de la iglesia, Papas y Concilios en la noble y santa tarea de procurar la moralizacion del clero por medio de la publicacion de sus faltas; orgullo que nos hace despreciar los insultos, injurias y calumnias de que somos víctimas, y que esperamos que se nos tengan en cuenta el dia de la liquidacion general en justo descargo de nuestras culpas, que al fin y al cabo, pecadores somos como el presbítero que ménos.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

La Junta de Sanidad de Tortosa acordó una cuestacion domiciliaria para recoger fondos con que atender á las necesidades que pudieran ocurrir en caso de invasion colérica en aquella

ciudad, y de una de las comisiones nombradas formó parte el director de *La Reforma*.

De lo recaudado diariamente se nombró depositario al obispo de la diócesis, confiriéndole además el título de presidente honorario de todas las comisiones. A este fin, cada comision pasaba, antes de retirarse, á la morada del prelado.

Así se hizo el primer dia, yendo el representante de *La Reforma* con la comision de que formaba parte, á hacer la debida entrega al presidente honorario, que bajo tal carácter funcionaba en aquel acto.

Así se hizo el segundo dia; mas al retirarse la comision, el obispo suplicó al representante de *La Reforma* que se quedara, y á solas con él, le manifestó que aquella publicacion era indigna de formar parte de las comisiones, que no se atreviera á pisar ni una vez más los umbrales de su palacio, con frases que, á haberlas podido justificar con personas que las hubiesen oido, no dudaria, dice el interesado, en calificarlas de descorteses é inconvenientes.

Que un curaza de aldea, mascullador de latines, sin trato social ni cacumen, cometiera torpeza semejante, á nadie extrañaria; pero que un obispo, á quien debe suponerse ilustrado, se deje llevar por la intransigencia ó la ira hasta ese punto, es imperdonable.

¿Pero quién diablos sabe á qué atenerse nunca con una gente que ataca al protestantismo y á la masonería, y cuando viene á España el príncipe heredero de Alemania, que es mason y protestante, le recibe con pálio al visitar la catedral de Toledo?

En vista de esto, lo mejor es no hacerles caso, que es lo que me permito aconsejar á mi ilustrado colega de Tortosa.

Leo en *La Marsellesa* de Madrid, que á su vez lo copia de un periódico de Sabadell, *Los Desheredados*:

«El estúpido é infame bando clerical, en el cual comprendemos, y con razon, desde el primero hasta el último de cuantos más ó ménos hipócritamente nos explotan con el nombre de Dios y quieren impedir la revolucion, trata de acabar con todo lo que sea ó parezca liberal. Está organizándose con el mismo dinero que nos ha robado, y valiéndose de la miseria y de la ignorancia, paga ya sueldos á viles y mercenarios cafres, que volverán á llenar de sangre y horrores esta region.

Trabajadores: si tal cosa acontece, y pronto, como aseguran, pensemos que los carlistas no están en los campos, ni se mantienen con yerbas; pensemos en que el verdadero enemigo, director solapado y cobarde, está dentro de las ciudades y de los pueblos. ¡A ellos! y antes que de nuevo nos quemén en hogueras inquisitoriales, aprovechemos los modernos descubrimientos, y sin esperar nada de columnas que marchan paralelas á las facciones, sin formar parte de rondas ni cuerpos voluntarios, que sirvan á vanguardia de carne de cañon, cumplamos todos nuestro deber empleando argumentos más decisivos que los remingtons y la pólvora.

La infena reaccion quiere jugar el todo por el todo. Pues bien; nosotros, ya que nos obligan, debemos hacer lo propio, repitiendo con los socialistas de Benevento: «¡Morir de hambre ó de plomo, de plomo ó de hambre, todo es morir!»

Ni quito ni pongo letra.

De *La Nueva Alianza*, de Valencia:

«De un hecho escandaloso que pinta al vivo la caridad cristiana ejercida por algunas gentes devotas, tenemos hoy que dar cuenta á nuestros abonados.

Un caballero muy católico, tanto como nuestros históricos reyes, hermano de una señora abadesa de un convento que nos llamamos por discrecion, sonsacó á una infeliz menestrala que, aparte de una cara guapa, de unos piés pequeños, de unas manos primorosas y de unos ojos grandes, poseía una hermosísima voz. Al poco tiempo de catequizarla la hizo ingresar en el convento en cuestion, bajo promesa de costearle de su bolsillo particular la dote necesaria para ser esposa del... Señor.

Allí ha permanecido tres largos meses, hasta que la señora abadesa la ha puesto de patitas en la calle, porque la voz de la infeliz menestrala se habia tomado á fuerza de cantarrear coros, salmodias y demás coplejas del canto monacal.

Hoy, esta soprano del *cante llano*, vuelve á orillar zapatos en un establecimiento industrial de la ciudad. Gana en la virtud del trabajo lo que pierde en los vicios que ocasiona la holganza mística.»

No se por qué se me figura que mi colega se calla algo bueno. Dados los personajes que han intervenido en el hecho; ¿no les parece á ustedes que falta lo más interesante?

Traslado de un periódico de Castellon:

«En la calle Mayor vive, no la prenda que á mi me mata, pero sí un señor presbítero que se dedica á la venta de medallas para preservarse del cólera. El que compra una de ellas, ya puede pasearse im-